

Biblioteca-Films

JANET GAYNOR



Biografía

25 cts.



EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
VALENCIA, 234 - BARCELONA - APARTADO 707
Sociedad General Española de Librería - Barbará, 16

BIOGRAFIA
DE
Janet Gaynor
POR
HARRY BALTYMORE



Mr. Murnau - La entrevista - Sus principios - Sus amores - Una anécdota de Janet - Su opinión sobre España y su próximo viaje.

OIGA!...

Estos son los
mayores éxitos:

TANGOS ARGENTINOS
BIANCO BACHILIA
MARCUCCI
LOS MEJORES TANGOS
IMPERIO ARGENTINA
SPAVENTA
LINDA THELMA
MANUEL BIANCO
CARLITOS GARDEL
PEPE COHAN
SOFIA BOZAN
CATULO CASTILLO
ERNESTO FAMA
JULIO DE CARO

Cada librito contiene 20 tangos modernos diferentes
PRECIO DEL LIBRO: 30 céntimos

Si no los encuentra en su localidad

PIDALOS ANTES DE QUE SE AGOTEN A
BIBLIOTECA FILMS.-Apartado 707.-BARCELONA

que remitiendo el importe más cinco céntimos
en sellos de correos, se los enviará en seguida

Mr. MURNAU

Hollywood está en plena actividad. Ha empezado la temporada y todas las casas productoras preparan sus nuevas producciones para la venidera. En los estudios todo es dinamismo y acción, nadie permanece parado; los escenógrafos trabajan incesantemente, los tramoyistas, los modistas, y no digamos los artistas, que no tienen hora libre. Es la época de la producción y se aprovecha con esa actividad de los americanos, tan propia de un pueblo que siente correr por sus venas su sangre juvenil.

En estas circunstancias ya comprenderás, querido lector, que el poder hablar con un artista es algo más que difícil: raya en lo que pudiéramos decir imposible, y sobre todo si el artista a quien se quiere entrevistar es de los que figuran a la cabeza de los de primera categoría, como lo es Janet Gaynor. Pero co-

mo dice el refrán que "pobre porfiado saca mendrugo", yo me empeñé en hablar con Janet y lo conseguí; es decir, saqué el "mendrugo" que quería, y qué voy a ofrecerte para que también lo saborees.

Hacía varios días que iba en persecución de la "estrella", sin que hubiera podido conseguir de ella la ansiada entrevista. Unas veces porque tenía mucho trabajo no podía atenderme; otras, porque no la encontraba en parte alguna, y otras, porque, con mucha amabilidad, me decían que no podía entrar al estudio. La cosa es que ya llevaba cerca de una semana detrás de Janet sin poder conseguir mi objeto.

Ya desesperaba de alcanzarlo, cuando una tarde, estando en "Montmartre" (1), vi al célebre director Murnau, a quien ya conocía de uno de mis viajes a Berlín, y me dijo:

—¡Hombre, lo he visto a usted varias veces por los estudios de la Fox! ¿Va usted a hablar de algunas de sus producciones y necesita datos?

—Nada de eso—respondí, con no muy buen humor—. Me está pasando lo que no me ha ocurrido en mi larga vida de periodista.

—¿Y qué es ello?—inquirió de nuevo Mr.

(1) Montmartre es un elegante restaurante de Hollywood donde todos los viernes suelen reunirse los artistas del cine.

Murnau (le llamo Mr. porque éste es el tratamiento que aquí se le da).

—Pues verá usted: que llevo cerca de una semana detrás de la señorita Gaynor y no he podido verla todavía.



—No me extraña—me responde—. Si sabe que es usted periodista le huirá cielo y tierra.

—¿Acaso nos comemos a las artistas crudas?—le pregunto, disgustado.

—No, pero Janet les teme a las entrevistas más que a embarcarse en día trece. Su senci-

llez es tal, que le gustaría permanecer desconocida para el resto del mundo, para todo lo que no fuera su arte.

—¡Pues que se hubiera hecho monja!—respondo—y así nos evitaría el tener que ir a la caza de ella, como si fuera uno detrás de la Fortuna. El público exige y nosotros no tenemos más misión que la de complacerlo. Ahora Janet es la “estrella” que más me interesa y no puede usted darse idea de las peticiones que tengo para que les cuente algo de su vida. ¡Ah! Pero le advierto a usted que no me importa que no me reciba. Yo tengo que cumplir mi obligación y aunque me cueste un año yo hablo con ella.

—No tiene necesidad de esperar tanto—responde el gran director sonriendo al ver mi mal humor—. Yo le prometo a usted que mañana verá a Janet y hablará con ella cuanto quiera.

—Le ruego que no bromee. Llevo sufriendo ya esta bromita una semana y no es cosa que usted quiera todavía divertirse a mi costa un par de días más—le digo, sin poder dar crédito a sus palabras.

—Nada de bromas, amigo mío. Janet es íntima amiga. Puedo decirle que me obedece en todo y yo la convenceré para que le otorgue la entrevista que usted desea.

Media hora después nos despedimos, ofreciéndome telefonearme para indicarme el sitio en que podía ir a ver a Janet y, en efecto, no

había pasado una hora cuando el camarero se me acercó para decirme:

—Señor Baltymore, lo llaman a usted por teléfono.

Corri hacia la cabina y era Murnau, que me decía:

—Ya está usted complacido. La señorita Gaynor le espera a usted mañana, a las cuatro, en su casa. ¿Sabe usted dónde vive?

—De sobra—respondí—. He ido lo menos seis veces a buscarla.

—Pues vaya la séptima y la encontrará.

No sé si le dí las gracias. Tal era mi alegría, que tal vez no me acordara de hacerlo. ¡Oh la ingratitud humana! Pero él sabría darse cuenta de mi emoción y perdonaría esta incorrección mía.

LA ENTREVISTA

A las dos de la tarde ya estaba yo preparado para ir a casa de Janet Gaynor. Temía llegar tarde y que la actriz no me recibiera bajo el pretexto de que no había sido puntual. A cada momento consultaba mi reloj y a las dos y media, no pudiéndome contener,

salí del hotel y decidí dar un paseo para aplacar mi nerviosidad. Recorrió varias calles, saludé a varios amigos instintivamente, sin darme cuenta de quiénes eran, hasta que, finalmente, llegó el momento tan deseado.

Consulté por última vez el reloj: las cuatro menos dos minutos, y me hallaba a la puerta de la preciosa casa donde se encierra la artista favorita de todos los públicos, la nueva Sara Bernhard de la cinematografía, como suelen llamarle en Hollywood.

Rodeada la casa de Janet Gaynor por un delicioso jardín, donde las flores existen en tal cantidad y variedad que se adivina al primer golpe de vista que su propietaria debe ser una gran aficionada a ellas. En el centro del jardín hay una pista de tennis y a un lado del mismo una gran piscina, que debe servir, sin duda, para acariciar el cuerpo armonioso de la "estrella". Todos estos datos los tomo al vuelo de la vista, porque ya he entregado mi tarjeta a la sirvienta que ha salido a abrirme y espero que de un momento a otro me dé la contestación de la señorita Gaynor.

Esta no se hace esperar. Inmediatamente vuelve a aparecer la sirvienta y me dice:

—La señorita Gaynor le ruega a usted que pase.

Sigo a la doncella, que me va enseñando el camino, y, a pesar de su paso menudito, anda

tan ligera que apenas si puedo darme cuenta de la ornamentación de la casa. Por fin, me encuentro ante "ella". Ya comprenderá el lector que "ella" quiere decir Janet Gaynor, que me sonríe deliciosamente a la vez que me ofrece una manita que más parece de una muñequita que de una mujer.

¿Qué podría yo decir de la belleza de Janet Gaynor, si por mucho que quisiera explicarla no la podría dar a comprender? Sus ojos negros, de mirada dulce y acariciadora, encierran en su fondo un espejismo exacto de la ingenuidad que debe albergar en su alma; su voz es deliciosa. Cuando habla parece que se oye una música armoniosa y queda uno prendado en el encanto de aquella voz, como en algo mágico, verdaderamente sublime. Pequeñita de cuerpo, pero de líneas moldeadas, es la figura de una de esas princesas de los cuentos de hadas. ¡Qué feliz debe ser el hombre que consiga el amor de una mujer como Janet Gaynor, si es que es posible encontrar otra igual!

Ella parece como que adivina todos mis pensamientos y, sin apartar la sonrisa de sus labios, esa sonrisa angelical que la hace aún más divina, me dice:

—Creo que ha intentado usted hablarme varias veces?

—En efecto; pero he de declarar que todas mis tentativas han sido vanas—le contesto—.

Y, sin embargo, tenía una necesidad imperiosa de hablar con usted.

Abre sus ojos en forma interrogativa y yo contesto a su mirada diciéndole:

—Aunque mi seudónimo es americano, soy de nacionalidad española y envío mensualmente a los lectores de BIBLIOTECA FILMS, de España, todo cuanto puede interesar de la vida de los artistas predilectos.

—¿Y cree usted que puede interesarles algo de la mía?—pregunta ingenuamente.

—De usted interesa todo—exclamo, un tanto galante y otro tanto convencido.

—Pues empiece usted a preguntarme y verá qué pronto se da cuenta de que no puede contar nada de interés de mí.

LOS PRINCIPIOS DE JANET GAYNOR

Yo me llevaba aprendido de memoria un cuestionario, pero en este momento no recuerdo una sola de las preguntas que quería hacerle y, sacando mi estilográfica y unas cuartillas, empiezo diciéndole:

—¿Dónde nació usted?



JANET GAYNOR en la película "Los cuatro Diablos"

—En Filadelfia, allí vi por primera vez la luz pública, como los diarios.

—Muy bien—exclamo—. Me ha contestado usted en plan de periodista y en ese plan voy a seguir interrogándola.

—¿Cuánto tiempo hace que nació usted?

—¿Querrá usted decir cuántos años tengo, verdad?

—Efectivamente; pero como es casi una corrección preguntar la edad a una mujer, me valgo de este procedimiento para resultar más galante.

—Pues, nací el año 1908, es decir, que actualmente tengo veintiún años.

—¿Vivió usted mucho tiempo en Filadelfia?

—Muy pocos meses. En seguida mis padres marcharon a Chicago y allí empecé a estudiar.

—¿Sería usted la discípula más aplicada, verdad?

—Aunque sea inmodestia, he de decirle que no era de las últimas. Las profesoras me distinguían mucho y me querían.

—No es extraño. ¿Quién, al verla a usted y al oírla, no siente ya ese cariño?

—Amigo mío—responde Janet, amenazándome con su dedito, que parece un pétalo de nardo con la punta roja—. No puede usted negar que es español y por lo tanto, galante, ahora bien, que si sigue usted por ese camino, va a ser difícil que sus lectores se enteren de nada.

—Lleva usted razón—le respondo—. Ante usted, se olvida uno de todo.

Vuelve ella a sonreír, y yo vuelvo a preguntarle:

—¿De Chicago vino usted a Hollywood?

—No; mis padres se trasladaron algunos años después a la Florida y finalmente a San Francisco. Allí seguí mis estudios y en el año 1923 me gradué en la Escuela Superior Politécnica.

—¿Le gustaba el estudio?

—Mucho, los libros han sido siempre mis mejores compañeros.

—Entonces, ¿su afición al cine...?

—Nació en mí repentinamente. Había visto varias películas y sentía hacia sus heroínas una gran simpatía. Luego cuando volvía a mi casa, me ponía ante un espejo e intentaba copiar los mismos gestos y actitudes de las actrices que había visto en la pantalla. A tal punto llegó mi afición, que confié mis deseos a mi mamá, la que se opuso terminantemente a ellos; pero fué tanta mi porfía y fueron tantas mis súplicas, que por fin conseguí que al año siguiente me acompañara a Hollywood.

—¿Encontró en seguida trabajo?

—Ya sabe usted lo que es Hollywood para los que principian. Yo llegué aquí sin conocer a nadie, fiada únicamente en mí, y claro está, fr casé por completo.

—¿...?

—Sí, señor; fracasé porque no encontré trabajo. Fuí a ofrecerme en varios estudios, pero todas las plazas estaban cubiertas y me tuve que contentar, después de correr de uno a otro, con simples papeles de extra.

—¿Qué impresión le causó a usted cuando se vió por primera vez en la pantalla?

—La impresión fué deplorable. Fuí al estreno de la película con una ilusión grande; pero cuando advertí que nadie se fijaba en mí,

creí que no servía para este arte y me pasé la noche llorando desconsoladamente. La pobre mamá, comprenderiendo mi dolor, vino en mi auxilio, y fué ella la que me dió ánimos para seguir la lucha. Seguí trabajando como extra, hasta que se filmó "La represa de la muerte".

—¿La eligieron entonces para desempeñar el papel de protagonista?

—Fuí yo quien tuvo que solicitarlo. En esa época trabajaba en los estudios de la Fox, y varias amigas mías y otras compañeras nos decidimos a solicitar del director Irving Cummings, el papel de protagonista. Tuve la suerte de que el director se fijara en mí y aun recuerdo lo que me dijo: "Pequeña, mañana haremos la prueba para ver si vales, y entonces hablaremos en serio sobre tu petición." Todas las demás compañeras me felicitaron por mi suerte; pero yo, en cambio, tenía un miedo horrible. Pasé aquel día como atontada, esperando que llegase el siguiente y el momento de la prueba. Cuando el director me dijo lo que tenía que hacer, le oía sin entenderlo, y en esta forma empecé mi carrera.

—¿Luego sirvió usted?

—Así debió ser, porque aquel mismo día me confió el papel de protagonista.

—¿Fué ésta su primera película?

—La primera película en la que actúe de



"El Séptimo Cielo" la gran creación de Janet Gaynor

protagonista. Antes ya le he dicho que había interpretado otros papeles de extra.

—¿Qué impresión le causó a usted su primera producción?

—Si he de decirle la verdad, no quedé muy satisfecha de mi trabajo. Creí que podría hacer algo mejor; pero todo el mundo, incluso el público, alabó mi creación.

—¿Cuál es la película que más le ha gustado?

Janet Gaynor entorna los ojos de deliciosa muñequita y sonríe satisfecha, a la vez que me dice:

—“El Séptimo Cielo”. Puse en ella toda mi alma, y creo que el resultado no ha podido ser más satisfactorio.

—En efecto—le respondo—. “El Séptimo Cielo” es una de las producciones que más han gustado.

La linda doncellita que me introdujo en la casa de Janet hace su aparición y la artista le ordena que nos sirva el té, y que llame a su madre.

—Va usted a conocer a mamá—me dice—. Verá usted cuánto nos queremos.

Minutos después aparece la señora Gaynor y quedo perplejo, creyendo que se trata de una broma. Tan joven es, o por lo menos lo parece, que no puedo menos de decir:

—¿Pero es cierto que es usted la madre de Janet?

La buena señora sonríe amablemente y responde:

—¿Acaso no nos parecemos?

—Son ustedes iguales; pero lo que causa mi extrañeza es que sea usted tan joven, más bien se diría que es usted la hermana mayor.

—Pero, sin embargo, soy su madre. Esto mismo me lo han dicho muchas personas, que desconocen qué me casé siendo casi una niña.

SUS AMORES

Mientras tomamos el té, hablamos de cosas insignificantes y, alentado por la buena acogida que he tenido, abordo un asunto algo escabroso:

—Dígame, Janet—le pregunto—: ¿Y de amores, cómo andamos?

—No he tenido en mi vida más que uno—me responde.

—Esa misma contestación—le digo—, es la de todas. No ama usted más que al arte, ¿verdad?

—Nada de eso, amigo mío—exclama, son-

riendo tal y cual deben hacerlo los ángeles—. Yo amo sobre todas las cosas a Lydell.

Como me he encontrado con tantos casos raros en este sentido, empiezo a pensar si el tal Lydell será un gatito, un muñeco, o cualquiera de esas tonterías a las que las artistas suelen dedicarle un interés tan extraordinario como injustificado; pero Janet me demuestra en esto un gran talento, diciéndome:

—¿Usted, seguramente, no conocerá a Lydell?

—Confieso mi ignorancia—replicó.

—Pues, Lydell es mi esposo. Hace ya un mes que estamos casados.

—¡Y yo en el limbo!—exclamo—. ¡Parece mentira que no teniendo otra cosa que hacer, que investigar la vida de las artistas, se me haya escapado este acontecimiento.

—No tiene nada de particular— responde ella—. Usted se ocupa de la vida de las artistas que tienen algo de extraordinario; pero la mía es demasiado sencilla para que pueda interesar a nadie.

—No lo crea usted así—exclamo—. Usted es hoy día una de las artistas que más preocupan al público y todo cuanto a usted se refiere, es interesante, como por ejemplo: ¿Cómo conoció usted a su esposo? Indudablemente sería en el estudio.

—No, señor—responde Janet—. Mi esposo no es artista, ni lo ha sido nunca. Es aboga-



Janet Gaynor y su esposo

do y lo conocí en ocasión de que tuve que hacerle una consulta referente a una herencia.

—¿Luego usted era rica antes de entrar en el cine?—le pregunto curiosamente.

—Lo que se dice rica, no lo era. Tenía un pequeño capitalito, que me bastaba para vivir, y eso era todo. Como le iba diciendo, nos vimos por primera vez en aquella ocasión, y amigos. El venía casi a diario a casa, pasábamos las veladas en compañía de mamá, hasta que un día le dijó que estaba enamora-

do de mí y que pensaba pedirle mi mano, si yo le autorizaba. Yo, que hasta entonces estaba creída de que el sentimiento que me unía a él era simple amistad, comprendí que amaba a aquel hombre, y no opuse el menor reparo en acceder a su deseo. Aquella misma noche hizo su petición a mamá y, obtenido el consentimiento, empezó para nosotros unos días de verdadera felicidad.

—¿Que no se habrán interrumpido?—intervengo.

—Ni uno solo—responde convencida.

—¿Duró mucho su noviazgo?

—Cerca de tres meses; pero nos dimos maña para que nadie se enterase hasta una semana antes de nuestra boda. Fué una verdadera sorpresa para todos.

—¿Y la luna de miel, dónde la pasaron?

—Eso es más difícil todavía—repuso Janet. —Para los artistas, es muy difícil disponer de tiempo para esas cosas. Hasta ahora, no hemos podido realizar nuestro proyectado viaje de bodas; pero tan pronto como termine mi última producción saldremos para Hawai.

—¿Permanecerá usted mucho tiempo allí?

—Muy poco; acaso un mes. Eso depende de las necesidades del trabajo.

—¿Luego, piensa usted seguir trabajando para el arte mudo?

—Ni un solo intante he dejado de pensar en ello. Para mí el cine constituye uno de

los mayores placeres de mi vida. En él he hallado los momentos más felices, he luchado y he conseguido triunfar.

—De esto último puede usted estar segura. La celebridad de que hoy goza es mundial y pocas artistas la han logrado en tan poco tiempo como usted. Su nombre en el cartel de un cine, es la mayor “réclame” que puede hacerse, y el público acude a él convencido de que ha de ver una buena producción.

—En eso tengo alguna parte—responde Janet—, y no precisamente por mi labor, sino por el argumento.

—¿Acaso los escribe usted misma?—le interrogó, sin comprender lo que quiere decir.

—No es eso, sino que antes de empezar la filmación de una película, me entero del asunto de que se trata, y si no es uno de esos en los que el romanticismo, o más bien dicho, la sentimentalidad es su fuerte, desisto de actuar de protagonista.

—¿Entonces, todas las películas que usted interpreta son elegidas por usted?

—Algunas, sí; pero las demás, antes de comenzar su filmación me dan a leer su argumento. Hasta ahora, todos mis consejos han sido de gran eficacia, pues no puedo quejarme de los éxitos que han obtenido.

—¿Y qué piensa usted de la película sonora?

—Indudablemente es un invento maravillo-

so, pero no llega a satisfacerme del todo. El cine mudo conserva mucho más la sentimentalidad que la acción. Yo creo que es un gran perjuicio para muchos artistas que hoy están en la plenitud de su gloria. El arte hablado requiere, no solamente la acción, sino la voz, y muchas veces nos hacemos una ilusión muy distinta de lo que en realidad es.

—¿No lo dirá usted por la parte que en él le toca?—le pregunto sonriendo.

—Afortunadamente, no estoy en ese caso. He interpretado ya varias películas sonoras y he quedado muy satisfecho.

—Diga usted que está mucho mejor que en las silentes—interviene su madre, que hasta aquel momento ha permanecido en silencio, ocupándose únicamente de servirnos personalmente el té.

—No haga usted caso—exclama con su natural modestia Janet—. Mamá es muy apasionada de mí, y cualquier cosa que yo hago, cree que nadie más que yo podría hacerla. Estoy conforme en que mi trabajo en el arte hablado no desmerece en nada del anterior, pero nada más que eso.

Esta afirmación de Janet me hace pensar en que cuando ella, tan modesta de por sí, dice que en el nuevo método del cine no ha hallado ningún inconveniente, es señal de que debe de alcanzar un verdadero triunfo. Además, basta oírla para convencerse de ello. Su voz

es dulce, melodiosa, parece, cuando habla, que recita una de esas preciosas leyendas orientales en que el ánimo del que escucha está por completo supeditado a la voluntad del narrador. Su timbre de voz es de lo más bello que hay en ella, a pesar de sus muchos encantos, y esto es precisamente lo que más fuerza tiene en el cine hablado.

UNA ANECDOTA DE JANET

La señora Gaynor protesta de lo que dice su hija, y me explica:

—Mire usted, yo no quiero decir que en mí no influya algo el amor de madre, pero lo cierto es que otras personas me han dicho lo mismo. Si yo le contara a usted lo que nos pasó en una sala de proyecciones...

—¿Una anécdota? ¡Venga en seguida! — reclamo.

—¡Por Dios, mamá, esas cosas no se dicen! —suplica cariñosamente la artista.

—Si no tiene nada de extraordinario; pero como ha sucedido, justo es decirla—responde su madre.

—Diga usted que sí, señora—la animo yo, para que me la refiera.

—Pues, verá usted—sigue diciendo la señora Gaynor—. Fué con motivo del estreno de "Amanecer". Janet tiene mucho interés en pre-senciar el estreno de todas sus películas, y la noche en que se estrenó esta producción fuimos a ver cómo la acogía el público.

Desde el primer momento, advertimos que el éxito sería definitivo; el público expresa-ba a menudo su conformidad con los comen-tarios que hacía, y finalmente un señor que estaba a mi lado exclamó: "Estas muchachas son admirables en la pantalla; pero luego, en persona, muchas veces suelen defraudar." Yo no pude contenerme, y en cuanto se encendió la luz, me dirigí a él y le dije: "Caballero, en esta ocasión, está usted equivocado." El me miró sorprendido y me preguntó: "¿Conoce usted a la protagonista de la película?" "Fí-jese si la conoceré, que soy su madre, y para que se dé usted perfecta cuenta de su error, le presento a mi hija.

El caballero saludó muy cortésmente a Ja-net y se excusó de su anterior manifestación, pero no terminó aquí la cosa, sino que al día siguiente, antes de que Janet fuera al estudio, se presentó en casa, con el deseo de acom-pañarla. Me negué a su pretensión, y desde aquel día tuvimos un acompañante anónimo, que venía detrás de nosotras por donde quie-

ra y llevaba el portafolio que llevábamos para la fotografía del estreno, y que se quedaba en el estudio, y que si se presentaba al público, se quedaba allí y se escondía en el estudio.



Janet Gaynor en grandiosa cinta "Amanecer"

ra que íbamos. Un día dejamos de verle y respiramos satisfechas de su desaparición. ¡Por fin podríamos ir donde nos diera la gana sin tener detrás de nosotras a aquel hombre! Pasaron cerca de tres meses y una mañana, al entrar en el estudio, se acercó de nuevo a nosotras, pretendiendo saludarnos. Su presencia nos causó tan mal efecto, que las dos hicimos intención de alejarnos, pero detrás de él vimos a Lytell, que se apresuró a presentárnoslo, diciendo:

—Mi padre ha tenido el capricho de venir al estudio para confirmar la petición de mano que le hice a usted la otra noche.

—¿Pero usted es el padre de Lytell?—pregunté yo, sin salir de mi asombro.

—El mismo, señora—respondió él sonriendo—. ¿Acaso es algo extraordinario que yo tenga un hijo?

—Lo extraordinario es—respondí yo—, que sea usted precisamente el padre de Lytell.

—Sin embargo, para mí, la sorpresa ha sido agradabilísima, pues cuando Lytell me dijó el nombre de su novia, no sabe usted la alegría que tuve, y me dije: "Ahora no tendrán más remedio que aguantar mi compañía."

—Y con mucho gusto—respondió Janet—. Ahora nos desquitaremos. Lo mismo que antes nos obligaba usted a tenerlo siempre pre-

sente, ahora seremos nosotras quien le obligaremos a que nos acompañe.

Una insistente llamada del teléfono obliga a Janet a levantarse y al cabo de unos minutos vuelve diciendo:

—Me llaman del estudio para repetir una escena.

SU OPINION DE ESPAÑA Y SU PROXIMO VIAJE

Comprendo que es una forma muy galante de despedirme; pero hago como que no lo comprendo y vuelvo a preguntarle:

—Una última pregunta, Janet, ¿qué pensamiento tiene usted de mi patria, de España?

—Admirable, y conste que no se lo digo por alabarla, sino porque lo siento. Soy bastante amiga de los esposos Douglas, y ellos me han alabado tanto su nación, que ardo en deseos de admirarla de cerca. Voy a demostrarle la verdad de lo que le digo.

Llama a un timbre, y cuando aparece la doncellita, le dice:

—Tráigame usted el álbum de fotografías.

—Pero, ¿tiene usted fotografías de España? —le pregunta.

—Poseo todo lo más hermoso que hay en su tierra, tanto en paisajes como en monumentos.

Nuevamente entra la doncella, con el álbum, y Janet va pasando ante mí las hojas del libro, en el que están todas las fotos de que me habló. Miro y, en efecto, veo paisajes maravillosos, de esa belleza que sólo tienen los de nuestra patria, y siento renacer en mí una admiración profunda hacia esta mujer que, sin conocer todos los encantos de nuestra tierra, posee cuento de hermoso hay en ella. Con una precisión asombrosa, me va diciendo el lugar a que pertenece cada una de las fotografías. Hay muchas que yo no conozco, pero ella me las explica, como si hubiera vivido largo tiempo entre los españoles.

—¿Y no piensa usted ir a España alguna vez? —le pregunto algo emocionado, por los recuerdos que aquellas vistas han traído a mi memoria.

—Es mi mayor ilusión —exclama—. Una ilusión que pienso ver realizada dentro de poco tiempo. Creí que podría ir con motivo de

la gran Exposición que se está celebrando, pero el trabajo agobiador que sobre mí pesa, me lo ha impedido.

—Entonces, ¿no tiene usted una idea fija de la fecha en que llegará a visitarla?

—La fecha fija no la sé; pero a lo más tardar será dentro de dos años, aproximadamente.

—¿Cuál es la primera población que piensa usted visitar?

—Primeramente, Barcelona. Mi decisión se basa en dos razones: una, porque allí está la central de la casa Fox, para cuya marca trabajo, y otra, porque me han alabado tanto esta población, que quiero mitigar mi curiosidad lo antes posible.

—¿Y después?

—Después, Madrid, Sevilla, Málaga, es decir, procuraré recorrer lo más que pueda.

—Tenga usted la seguridad de que cuando llegue, el recibimiento que le harán mis paisanos será asombroso.

—No lo creo yo así —responde sonriendo—. Y digo esto porque pienso viajar de incógnito, como dicen las grandes personalidades. Quiero pasar inadvertida y disfrutar a mis anchas de las maravillas españolas.

Muchas cosas hubiera querido preguntarle a esta deliciosa muñequita, que tan amable-

mente va contestando a todas mis interrogaciones; pero comprendo que abuso de su bondad y decido marcharme, no sin antes preguntarle:

—¿De todas las actrices, cuál es la que más le gusta?

—A todas las creo con los mismos méritos — responde, eludiendo una respuesta definitiva.

—¿Sin embargo, alguna será su preferida? —insisto nuevamente.

—Desde luego, hay una que me gusta más que las demás; pero como esto sería una incorrección por mi parte, al hacer diferencias, voy a serle franca diciéndole que no le diré su nombre.

—¿Y de los actores?

—A esta pregunta no vacila, y responde:

—Charles Farrell. No quiere esto decir que los demás no reúnan iguales méritos, sino que en este actor he encontrado un compañero admirable en mis producciones, y siento por él una gran amistad.

—Entonces, voy a pedirle un nuevo favor. Para mí es algo difícil hablar con Charles. ¿Sería usted tan amable que me presentase a él?

—No hay inconveniente; yo le hablaré y estoy segura de que accederá a mi ruego.

—¿Cuándo será esa entrevista?

Janet se queda un momento pensativa, como reuniendo fechas, y al fin me dice:

—El lunes de la semana próxima lo invitaré a tomar el té en mi casa, puede usted venir a la misma hora que hoy, y hablarán cuanto quieran.

—Gracias, muchas gracias—exclamo—. Posee usted, además de su belleza, otra cosa que vale mucho más: su simpatía.

Ella reía alegremente ante mi galantería, y me tiende la mano, en señal de despedida, diciéndome:

—Hasta el lunes.

—Hasta luego—respondo yo.

—¿Cómo hasta luego?—exclama ella.

—Si, hasta luego, porque en cuanto salga de aquí, me pongo a escribir lo que hemos hablado, y me parecerá que estoy otra vez en su compañía.

—Pero no diga usted más que la verdad, ¿eh?—me amenaza con su dedito, que parece de fina porcelana.

—Puede usted estar segura de ello—respondo—. Le prometo que mis lectores no sabrán de usted, por mediación mía, más que lo que hemos hablado esta tarde.

Y así lo hago, queridos amigos, os digo cuanto he podido saber de la vida de esta artista que ha llegado a ser el ídolo de todos

los públicos, y me despido de vosotros hasta la semana próxima, que os podré dar algunos datos referentes a Charles Farrell, el genial protagonista de "El Séptimo Cielo", por lo menos así lo espero, de la amabilidad de él y de la intervención de Janet Gaynor.

Hollywood, noviembre 1929.

Harry BALTYMORE

¿Quiere usted aprender
Los bailes de moda?

Precio de Pida hoy mismo los métodos de:
cada método: **TANGO ARGENTINO**
25 Cts. EL CHARLESTON
BLACK-BOTTOM

Si no los encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo, remitiendo su importe en sellos de Correo, y 5 cts. para el certificado a
Biblioteca Filmes. - Apartado, 707 Barcelona

Como de costumbre las principales producciones cinematográficas han sido publicadas por

Biblioteca Films y Films de Amor

Ediciones BIBLIOTECA FILMS a 1 pta.

EL ARCA DE NOE
LA MUJER DISPUTADA

Selección BIBLIOTECA FILMS 50 cts.

LOS TRES MOSQUETEROS
LA MARCHA NÜPCIAL
EL HOMBRE QUE RIE

Selección FILMS DE AMOR 50 cts.

RESURRECCION
MANDRAGORA
VENGANZA
VENUS

ENVIAMOS CATALOGOS GRATIS

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona